519

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

AMOR DE NOVELA,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

POR

DON VICTOR RODRIGUEZ.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1874.

13

ADICION

á las obras de esta Galería, posterior á la de 24 de Enero de

		TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.
		COMEDIAS Y DRAMAS.		
		Adelina	1	Sres. Lastra y Prieto
4	2	Al revés—j. o. v.	1	D. Juan Mela
4	3	Amor de novela	1	Victor Rodriguez
1	2	Amor quebranta amistad	1	Pedro Escamilla
3	2	Basta de matemáticas—j. o. p.	1	Vital Aza
3	1	Bromas con la vecindad	1	Eduardo de Inza
		Celia	1	Francisco Macarro
5	2	Deuda de sangre—d. o. v.	1	José Velazquez
1	3	De vuelta del otro mundo	1	Salvador Lastra
4	2	Doce retratos seis reales	1	M. Ramos Carrion
1	2	El amor de Cayetana—c. o. v.	1	Vicente Rubio
1	3	El desenlace de un drama	1	Pedro Escamilla
2	4	El maestro de caló	1	Baron de Córtes
3	2	El hijo de D. Damian—j. o. v.	1	Pedro Escamilla
		El que espera desespera	1	Eduardo Navarro
1	2	El sargento de Utrera	1	Eduardo Palacio
5	2 a.	El turron ó verdades como puños—c. o. v.	1	V. Rubio Lorente
5	1	El último dia—c. o. v.	1	Sres. Velilla y Montoto
		Enaguas y otros excesos	1	Escamilla y Olier
2	3	En busca de mi sobrino	1	D. Pedro Escamilla
2	3	Enredos y bofetones	1	Pedro Escamilla
4	2	Estrella—c. o. v.	1	J. Velazquez y Sanchez
1	2	Hechos ennoblecen	1	Eduardo Palacio
6	1 a.	Juan Leyden	1	Eduardo Navarro
3	2	La batalla de Maraton	1	L. Santa Ana
3	1	La ciencia de las mujeres	1	José Sanchez Arjona
2	2	La cuestion capital	1	Eduardo Palacio
3	6	La moral en accion	1	Eduardo Palacio
2	2	La sota de bastos—j. o. p.	1	Sres. Fuentes y Alcon
		La tea de la discordia	1	D. Cárlos Calvacho
3	1	Las orejas del lobo	1	J. Campo Arana
1	1	Leon y Leona	1	M. Ramos Carrion
		Lo que vale una mujer	1	Leandro Torromé
3	1	Los cesantes—j. o. p.	1	José Mota y Gonzalez
2	2	Los forasteros	1	Eduardo Palacio
2	2	Los tres mosqueteros	1	Eduardo de Inza
		Luchar con las mismas armas	1	Eduardo Montesinos
2	3	Más vale llegar á tiempo—p. o. p.	1	Sres. Fuentes y Alcon
4	2	Padres ante todo—d. o. v.	1	D. José Sanchez Arjona
		Pelillos á la mar	1	Leandro Torromé
		Pescar por partida doble	1	Leandro Torromé
1	2	Por meterse el tiempo en agua	1	Pelayo del Castillo
		Por lo flamenco	1	Pedro Escamilla
2	3	Sin saber cómo ni cuándo	1	Pedro Escamilla
1	2	Tomar la revancha	1	Pelayo del Castillo
2	3	Trabajar por cuenta de otro	1	Antonio Carralon

AMOR DE NOVELA.

AMOR DE NOVELA,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

POR

DON VICTOR RODRIGUEZ.

Estrenada en el TEATRO y CIRCO DE MADRID la noche del 25 de Junio de 1874.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1874.

PERSONAJES.		ACTORES.
EL CORONEL SANDOVAL.......		SR. MARIO.
PINEDO, abogado................		SR. MAZA.
SOFÍA, viuda.....	Hermanas.	SRTA. SANZ.
MATILDE, soltera.	Hermanas.	SRTA. MENDOZA TENORIO.
ROSA...........	Criados...	SRA. SANCHEZ.
JUAN...........	Criados...	SR. BARDO.
PERICO.........	Criados...	SR. LEIRA.
UN AFINADOR................		SR. SANCHEZ.
UN RELOJERO................		SR. SANCHEZ DE LEON.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Salon elegante en casa de Sofía: á la izquierda un piano, á la derecha una chimenea: puertas á derecha, izquierda y fondo. Al abrirse la escena, Juan sobre una silla, coloca bujías en una lámpara. Perico guarnece los candelabros, y el Afinador suena de vez en cuando una tecla, aplicando el oido en el teclado como para percibir bien su sonido.

ESCENA PRIMERA.

JUAN, PERICO, el AFINADOR, y en seguida ROSA.

JUAN. (Llamando.) Rosa!... Rosita!...
ROSA. (Saliendo.) ¿Qué ocurre?
JUAN. ¡Velas!
ROSA. Cuántas?
JUAN. Faltan cinco.
ROSA. Cinco?... Al punto voy por ellas,
si es que no se han concluido.
(El Afinador suena una tecla.)

ESCENA II.

DICHOS, MATILDE, presurosa.

MAT. Rosa! Rosa!...
ROSA. Señorita!...

674643

MAT. Y las flores?...
ROSA. (Como recordando.) Ah!... Perico,
déjate esos candelabros
y ve al jardin ahora mismo.
PERICO. Voy al punto. (En ademan de correr.)
MAT. (Deteniéndole.) No, no vayas,
iré yo; mas pasa aviso
á mi hermana, si es que viene...
PERICO. Sí, ya se, don Federico
Pinedo.
MAT. Cabal.
PERICO. No hay hombre
más exacto ni más fijo
que él á su hora; yo creo
que el sol le pide permiso
para ponerse.
MAT. (Saliendo.) No tardo.
(El Afinador suena una tecla.)

ESCENA III.

DICHOS, ménos MATILDE.

PERICO. Ni él tardará, que es sabido
que en cuanto suenan las siete.
llamará á la puerta!
JUAN. Cristo!...
Reloj como él!... (Suena la campanilla.)
PERICO. ¡No hay miedo
(Dan las siete.)
de que se atrase!
ROSA. (Vivamente, al oir la campanilla.) ¿Has oido?
¡Las siete!
PERICO. Pues voy á abrirle!... (Sale.)
JUAN. (Á Rosa.) Y las velas?
ROSA. (Sale precipitadamente.) Voy de un brinco.
(Suena una tecla.)

ESCENA IV.

JUAN, el AFINADOR, PERICO y PINEDO.

PERICO. Pase usted, pase, señor,

y perdone...
PINEDO. (Vivamente.) No hay de qué.
PERICO. La señora...
PINEDO. (Lo mismo.) Ya lo sé.
PERICO. Está...
PINEDO. Sí, en el tocador.
PERICO. Saldrá...
PINEDO. Silencio, zolocho!...
tambien lo sé!...
PERICO. ¿Cómo?
PINEDO. Vete,
aunque yo venga á las siete,
nunca sale hasta las ocho.
Yo por esto no me abismo
ni me canso de aguardar:
seis años há que al entrar
me dices siempre lo mismo.
(Rosa entra con las bujías, Juan las enciende y se van: el Afinador suena una tecla.)
PERICO. Cierto.
PINEDO. Pues bien, no blasones
de cortés; esta es la historia.
¡Comprende si en la memoria
traeré impresas tus razones!...
PERICO. Bien, sí señor, eso sí,
mas hoy me ha dicho, y no es juego,
que la avisase tan luégo
como usted llegase aquí.
PINEDO. De veras?... ¿Eso ha pasado?
¿Tiene pues de verme prisa?
PERICO. Pienso que sí.
PINEDO. (Vivamente.) Pues avisa,
avísala que he llegado.
PERICO. Pues con su permiso...
PINEDO. (Vivamente.) Oh! Sí,
vé, corre, vuela, traspasa... (Sale Perico.)
(Variando de tono.)
¿Qué sucede en esta casa?
Qué diablos ocurre aquí?
(El Afinador en su faena suena las teclas.)

ESCENA V.

PINEDO, solo y reparándolo todo.

Cuánta luz!... ¡Cuánto esplendor!
¡jarrones que esperan flores!...
¡cortinajes de colores!...
Piano abierto!... ¡Afinador!...
¡Hay aquí un aire de fiesta,
que no es mucho que me asombre!
veré si sabe este hombre
qué novedad es aquesta.
Aquí sucede algo gordo!...
(Acercándose.) Caballero! no hay tu tia!...
Absorto en su melodía
no responde: ¿será sordo?...
Perdone usted si algo rudo
(Tocándole en el hombro.)
me acerco á usted á indagar...
(Señas del Afinador de que no oye ni habla.)
Ah!... ya!... ¡sordo!... ¡Es singular!...
Carape!... ¿tambien es mudo?...
(Retrocediendo.)
Oh!... ¿pues cómo se concilia
esto de afinar... ¡no sé!... (Absorto.)
No, ¡por este no sabré
lo que ocurre en la familia!...
Que afine un ciego!... comprendo;
¡á muchos por ahí he visto!
pero un sordo-mudo!... ¡Cristo!...
No lo entiendo!... no lo entiendo.
(El Afinador toca una tecla.)

ESCENA VI.

DICHOS, un RELOJERO en el foro.

RELOJ. Se puede entrar?
PINEDO. ¡En buen hora!...
¡Adelante, caballero!
RELOJ. (Saludando.) Perdon; soy el relojero

que viene á poner la hora
tocando un poco el resorte
á este péndulo. (Vivamente.)

PINEDO. Ah! qué tal?
Qué tal señala?

RELOJ. (Mirando el suyo.) Va mal
con el camino del Norte.

PINEDO. Ah! sí? entónces mi reló
necesita...

RELOJ. (Mirándolo.) Así, así.

PINEDO. Va mal?...

RELOJ. No diré que sí.

PINEDO. Y bien?

RELOJ. No diré que no.

PINEDO. Pues no acierto á comprender..,
(Ap.) (Será el relojero loco?)

RELOJ. (Lo arregla y se lo da.)
Ve usted? adelanta un poco
con el Norte... (Saluda.) Hasta más ver!
(Sale.)

ESCENA VII.

PINEDO.

Hombre!... vaya usted con Dios!...
Calle! (Al Afinador.) Usted se va tambien?...
Abur! ¡páselo usted bien!...
Qué par de muebles! ¡qué dos!
Qué diablos pasa? ¡No acierto!...
Aquí hay fuego!... siento el humo!...
¿mas humo de qué?... Presumo
que se trata de concierto.
Aquí no falta una tilde!...
luces!... flores!... ¡el piano!...
qué lujo! (Mirando fuera.) ¡Dios soberano!
Voy á saberlo.

ESCENA VIII.

PINEDO y MATILDE, que entra con flores.

MAT. (Ap., viéndole.) Oh!...
PINEDO. Matilde!
MAT. Aquí usted, señor vecino?...
PINEDO. Sí, yo mismo, Matildita.
MAT. (Ap.) (Qué intempestiva visita!)
PINEDO. Hay baile aquí?
MAT. (Riendo.) ¡Desatino!
Un baile!
PINEDO. Al ver el salon
rebosando de alegría,
cualquier cristiano diría
que espera una recepcion.
MAT. No, razones superiores (Titubeando.)
mandan esta sala abrir;
(Vivamente.) déjeme usted concluir,
que á poner voy estas flores. (Las coloca.)
PINEDO. Hay fiesta acaso mañana?...
MAT. Sí señor... (Ap.) (Él me da pie!...)
PINEDO. Diablo! ¿Y á santo de qué?
MAT. (Vivamente.) Pues, al santo de mi hermana!
PINEDO. ¿Santa Sofía? Canario!... (Vivamente.)
Si eso es en Setiembre! ¡El treinta!...
óusted echa mal la cuenta
ó han mudado el calendario.
MAT. (Confusa.) De veras?
PINEDO. (Con calor.) ¡Cosa notoria!
Setiembre, treinta; cabal!
¡si me sé yo el santoral
todo entero de memoria!
otra causa debe haber
para todo este portento.
MAT. (Contrariada.)
Tal vez!... mas ahora me ausento.
PINEDO. Se va usted?
MAT. Tengo que hacer.
(Saliendo.) (Pobre Pinedo!... fracasa!...
si él supiera... ¡Ave María!...

Nada, que venga Sofía,
que ella diga lo que pasa.)

ESCENA IX.

PINEDO solo, viéndola salir.

Empiezo á sentir la bilis
algo revuelta... Sí, sí,
busilis hay por aquí;
¿mas en dónde está el busilis?...
En dónde hallar el resorte
del secreto que esto tiene?...
(Vivamente.)
Ah!... ya comprendo: álguien viene
por el camino del Norte.
Sujetar á la estacion
de aquel camino este horario,
(Señalando el reloj.)
¿no dice mucho?... ¡Canario!...
En esto está la cuestion.
Se espera alguno á mi ver;
¡á uno ó una!—¿Quién será?...
Me siento y ello dirá,
conque á esperar y á saber.
(Se sienta, coge un periódico y lee. Á poco Sofía, que se le acerca.)

ESCENA X.

PINEDO, SOFÍA, muy elegante y descotada.

SOFIA. Amigo mio!...
PINEDO. (Levantándose y tirando el papel.)
Oh! perdon.
No he sentido á usted, Sofía.
SOFIA. Sí, ya he visto que leía
usted con suma atencion.
PINEDO. Con la atencion singular
del que en ciego desvario
busca algun local vacío
para poderlo alquilar.

SOFIA. Muda usted de habitacion?...
PINEDO. Dios me libre de ese intento!
SOFIA. ¿Pues quién busca ese aposento?
PINEDO. Lo busca mi corazon.
SOFIA. (Sonriendo.) Ah!
PINEDO. Cansado de latir
siempre en cortísimo trecho,
busca albergue en otro pecho.
¿Lo quiere usted recibir?—
Seis años há que se queja
de usted en penoso hastío.
SOFIA. ¿Sabe usted, amigo mio, (Riendo.)
que eso es tacharme de vieja?
PINEDO. ¿Por qué? ¿Porque apunto amante
la fecha de mi querer?
SOFIA. ¿Quién recuerda á una mujer
una fecha tan distante?
PINEDO. Ah! perdone usted, no estoy
de acuerdo con eso aquí:
usted está para mí
más hermosa que ayer, hoy.
SOFIA. (Riendo.) De veras?... ¿Con qué pagar,
Pinedo, tal cumplimiento?...
PINEDO. Con qué? Con el aposento
que yo quisiera ocupar.
SOFIA. ¿Para dar á su amor centro?
PINEDO. Cabal.
SOFIA. Pero desdichado,
¿no ve usted que está alquilado
y que tiene un huesped dentro?
PINEDO. (Con ira.) ¿El coronel Sandoval?
SOFIA. Cabal.
PINEDO. ¡Malhaya su nombre!
SOFIA. ¿Pues qué ha hecho á usted ese hombre
para quererlo tan mal?...
PINEDO. Qué ha hecho! ¿No hace seis años
que estoy por usted perdido
de amor?...
SOFIA. (Interrumpiéndole.) ¿Y le he entretenido
con esperanzas ni engaños?...
PINEDO. Ah, no... ¿mas no he de querer
que álguien lo mate ó deslome,

siendo un perro que no come
y que no deja comer?

SOFIA. Le ódia tanto?

PINEDO. ¡Si es el coco
cuyo recuerdo me altera!...

SOFIA. Por qué? Bien que usted me quiera,
pero respételo un poco.

PINEDO. Amarla sin esperanza!...
¡no odiarlo á él!—¿Hay razon?...
Hombre!... ¿qué hace la faccion
que no le mete una lanza?

SOFIA. ¡Qué cruel!

PINEDO. No sé fingir,
siempre digo lo que siento:
si él me mata á fuego lento,
¿qué puedo para él pedir?

SOFIA. De manera, amigo mio,
que si usted le viera un dia
llegar de pronto...

PINEDO. Ah!... Me iría
á arrojarme al punto al rio.

SOFIA. Cómo! ¿suicidarse?

PINEDO. Cierto.

SOFIA. Eso es de veras?

PINEDO. Sí á fe.

SOFIA. Lo siento mucho.

PINEDO. Por qué?

SOFIA. Porque doy á usted por muerto.

PINEDO. Qué!... ¿ha venido? (*Vivamente.*)

SOFIA. Va á venir.

PINEDO. Oh suerte infame y tirana!...
¿Y cuándo llega?

SOFIA. Mañana.

PINEDO. ¡Poco me resta vivir!

SOFIA. Sí?

PINEDO. ¿Qué reo hay que soporte
el mal que se le previene?
Diga usted: ¿ese hombre viene
por el camino del Norte?...

SOFIA. Sí señor.

PINEDO. ¡Dios soberano!...
Ahora entiendo estos primores.

SOFIA. Cuáles?...
PINEDO. Las luces!... las flores!...
el Relojero!... ¡el piano!...
—Toca?...
SOFIA. De un modo que encanta.
PINEDO. ¡De suerte que estará loca
por él!... ya se ve; si toca...
SOFIA. Y canta. (Con satisfaccion.)
PINEDO. (Aterrado.) Cielos!... ¡Y canta!
SOFIA. Con una voz de tenor
que arrebata á quien lo escucha.
PINEDO. Infeliz de mí!... ¿Quién lucha
con ese tambor mayor?...
SOFIA. (Con gravedad cómica.)
Es coronel, señor mio,
y si usted lo trata así,
puede prescindir de mí
y encaminarse hácia el rio.
PINEDO. Ingrata!
SOFIA. ¿Quiere que el coche
le pongan?
PINEDO. No: ¿para qué?
Aún quiero cerca de usté
pasar mi postrera noche.
SOFIA. Con qué intento?
PINEDO. ¿Con qué intento?...
Con el de hablarla de amor
por última vez.
SOFIA. (Con risa burlona.) ¡Qué horror!
Bueno, tome usted asiento.
PINEDO. Esto es tener caridad
y honrarme aunque nada valgo.
Gracias. (Se sienta Sofía.)
SOFIA. Ahora hablemos algo
que tenga formalidad.
PINEDO. Hable usted.
SOFIA. Yo, que me pico
de ser muy justa ante todo,
quisiera encontrar el modo,
mi querido Federico,
de explicar la situacion
de quien honrada y leal,

no queriendo á usted muy mal
no responde á su pasion.

PINEDO. Si me doy por desahuciado,
¿qué más?... La causa es notoria.

SOFIA. (Interrumpiéndole.)
Perdone usted, toda historia
tiene arranque en el pasado.

PINEDO. Bueno; la cosa es pasar
aquí mi noche postrera;
yo escucharé lo que quiera,
empiece usted á contar.

SOFIA. Ya sabe usted, no de ahora,
pues ántes se lo he contado,
que el coronel se ha criado
en mi casa.

PINEDO. Sí señora,
sé que se educó con él
siendo usted niña y él niño.

SOFIA. Y fuimos en el cariño...

PINEDO. Los amantes de Teruel;
lo sé, conozco esa historia,
mas siga usted sin empacho.
¿Qué muchacha ó qué muchacho
no la guarda en su memoria?
Cuando el amor se inaugura,
toda alma buena y sencilla
se forja un Diego Marcilla
ó una Isabel de Segura.
Siga usted.

SOFIA. Así los dos
nos amamos, nos quisimos,
y un dia nos prometimos
ser uno de otro ante Dios.

PINEDO. Ofrecimiento cristiano
que hace siempre la inocencia:
más tarde la conveniencia
suele recordarlo en vano.

SOFIA. No fué el sórdido interés
quien rompió mi juramento:
mi papá con noble intento
me unió con otro.

PINEDO. Igual es.

SOFIA. En vano yo resistí;
papá no tuvo piedad:
censuró la poca edad
de Sandoval para mí
Y cediendo al privilegio
del respeto...

PINEDO. ¿Se casó?

SOFIA. Sí, cuando al altar fuí yo
Sandoval partió al colegio.

PINEDO. Al colegio militar?
Oh separacion cruel!
Canario!... Y ya es coronel!
¡Vaya si es adelantar!

SOFIA. Cuando partió le ofrecí
ser suya á enviudar un dia,
y él me dijo: «Bien, Sofía,
yo me haré digno de tí.»

PINEDO. Ya entiendo; usted ha enviudado,
y al enviudar le habrá escrito
que es libre.

SOFIA. No necesito
decirlo!

PINEDO. (Vivamente.) Sí; está acertado!
Eso es muy santo y leal.

SOFIA. Ya ve usted, nobleza obliga!...

PINEDO. Cierto; mas no sé qué diga
si pienso aquí en la moral.

SOFIA. Anuque no es usted mi juez,
debo decirle que honrada
en tanto que fuí casada,
no le escribí ni una vez.
Solo Matilde en su ausencia
por calmar su afan cruel,
ha sostenido con él
contínua correspondencia.—
Por ella de él he sabido
alguna vez, que mi honor
mandaba acallar mi amor
por respeto á mi marido.
Mas una vez éste muerto
llenar mi oferta debía;
le escribí: ¿no me cumplía

saldar esta cuenta?
PINEDO. Cierto.
SOFIA. ¿Puede tacharme de ingrata
despues de lo dicho ahora?
PINEDO. Nó, señora!... no, señora:
mas ello es que usted me mata.
Ello es que el bien que soñó
quien se creyó comprendido,
está para mí perdido.
SOFIA. ¿Y qué culpa tengo yo?
su pasion me era notoria;
notoria, clara, evidente:
¿pero qué hacer, si pendiente
en mí alentaba esta historia?—
Yo le estoy agradecida;
tengo en perderle un pesar;
¿mas quién renuncia á acabar
la novela de su vida?
PINEDO. Luego no fuera cruel
si pudiera amarme?
SOFIA. Oh, no!...
PINEDO. Y qué pudiera hacer yo
para parecerme á él?...
SOFIA. Ser el foco de ese efluvio
que da al amor vida y nombre:
ser como él, ser un hombre
suelto, galan, alto, rubio,
un tipo cabal, un ser
ideal, resplandeciente,
de esos que llenan la mente
y el alma de una mujer.
Tez de rosa ó terciopelo,
voz dulce y apasionada,
tierna y limpia la mirada,
imágen viva del cielo.
PINEDO. (Interrumpiéndola.)
Y así es Sandoval?
SOFIA. Así.
PINEDO. Bah!... pues me doy por difunto,
que si en eso está el asunto
no hay salvacion para mí.
SOFIA. No tache usted mi cariño

2

de caprichoso deseo;
siempre en mi mente lo veo
con su candidez de niño:
con aquel aire gentil,
flexible y encantador
que tiene una hermosa flor
gala del campo en Abril.
¡Cuánto recuerdo los dias
en que conmigo jugaba,
y á la par participaba
de mis penas y alegrías!
Ya verá usted...

PINEDO. (*Interrumpiendo vivamente.*) Á quien trunca
todo mi bien?

SOFIA. ¡Ya verá!

PINEDO. No lo veré.

SOFIA. (*Con dulzura.*) ¡Y lo querrá!

PINEDO. Quererle yo?... ¡Nunca!... nunca!...

SOFIA. Ya verá usted.

PINEDO. Ah, señora,
no apure usted mi agonía!...

SOFIA. Cuando estaba aquí, venía
á verme siempre á esta hora.

PINEDO. Recuerdo infame y tirano!...

SOFIA. Yo estudiaba sola aquí,
y se acercaba hasta mí
cuando tocaba el piano. (*Se dirige á tocar.*)

PINEDO. Ah, bien, va usted á tocar?... (*La sigue.*)

SOFIA. (*Sentándose al piano.*)
Tocar?... No tengo ese empeño.

PINEDO. Ya! Sueña usted?...

SOFIA. (*Con cierta vaguedad.*) Sí, es un sueño.
¡Es tan hermoso soñar!

PINEDO. (*Ap.*) (Pues me divierto á fe mia!)

SOFIA. Y una vez aquí, llegaba,
callado á mí se inclinaba
y me gritaba!...

ESCENA XI.

DICHOS y SANDOVAL, que se ha presentado poco ántes y en silencio ha ido acercándose sin ser visto.

SAND. (Con voz ruda y alegre.) Sofía
SOFIA. Jesús!... (Asustada, levantándose.)
PINEDO. (Retrocediendo.) ¡Canario!
SOFIA. (Reparándole y con miedo.) ¡Qué horror!
¿Quién es usted? (Refugiándose junto á Pinedo.
SAND. (Riendo.) ¡Buena es esa!
Te he causado una sorpresa;
¿no me conoces, mi amor?
SOFIA. Cómo!... tú!... mi primo!... (Vacilante.)
SAND. Justo. (En ademan de abrazarla.)
SOFIA. (Con asombro.) Sandoval?...
SAND. (Con desenfado militar.) Pues!... ¡Sandoval!...
PINEDO. (Ap.) (El mozo es un animal!)
SOFIA. (Respirando.)
Ay primo, me has dado un susto!...
SAND. Voto á bríos!...¡Cuánto lo siento!...
(Cogiéndola la mano con familiaridad.)
SOFIA. (Y jura!...) (Ap., con extrañeza.)
SAND. Al entrar, creí
que hablando estabas de mí,
y ahogar no pude el contento.
Perdona. (Reparándola.) Estás muy galana,
y más bella que un racimo
de guindas!
PINEDO. (Ap., con asombro.) Oh!
SOFIA. (Con cierto embarazo.) ¡Mi buen primo!...
Yo te esperaba mañana.
SAND. Eso te escribí, mi bien;
mas por llegar á esta gloria,
que eres tú, tomé en Vitoria
asiento en el primer tren.
SOFIA. ¡No te hubiera conocido!
Siéntate.
SAND. (Se arroja en una butaca.) Oh, sí; se agradece!
PINEDO. (En ademan de irse.)
Permíte usted? (Ap.) (Me parece

que no está todo perdido.)

SOFIA. (Mirándolo con empacho.)
¿Ya se marcha usted?

PINEDO. (Inclinándose y dándola la mano.) Pardiez.

SOFIA. (Con intencion.)
Hoy se marcha muy temprano. (Saluda.)

PINEDO. (Con sonrisa intencional.)
Qué hacer? (Se inclina á Sandoval.)

SAND. (Levantándose y sentándose.)
Beso á usted la mano.

SOFIA. (Ap.) (Vuelve usted luégo?

PINEDO. (Con intencion.) ¡Tal vez!)

ESCENA XII.

SOFÍA, SANDOVAL.

SAND. Quién es ese caballero
que libres nos ha dejado?...

SOFIA. Ese mozo es mi abogado.

SAND. Parece un poco altanero
ú orgulloso.

SOFIA. Quiá!... no tal;
¡su génio es de los mejores!...

SAND. Abogado!... Estos señores
me huelen, chica, muy mal.
Acaso te ha defendido
en ese pleito que tienes?

SOFIA. Y me ha ganado los bienes
que me dejó mi marido.

SAND. ¿Conque ese curial novel
triunfó de aquella familia?
Pues eso me reconcilia
un tanto cuanto con él.

SOFIA. Me alegro.

SAND. Echemos á un lado
ese asunto, y á otra cosa.
¿Sabes que estás muy hermosa?

SOFIA. Eso dice mi abogado.

SAND. Eh!... (Vivamente sorprendido.)

SOFIA. Sí. (Sonriendo con coquetería.)

SAND. ¿Piensa como yo?

SOFIA. No te gusta?
SAND. (Con calor.) Me encocora:
puede pensarlo en buen hora,
pero decírtelo, no.
SOFIA. No sé por qué te disgustas.
SAND. Pues no quieres que me asombre?
¿Es justo que cualquier hombre
te diga: niña, me gustas?
SOFIA. ¿Y quién lo puede evitar?
SAND. Yo que me sobro y me basto;
¡pues bonito génio gasto
desde que soy militar!...
SOFIA. Oh, ¿de veras?
SAND. Soy atroz!
¿No me encuentras cambiado?
SOFIA. Y tanto!... ¡Si has engordado
y hasta has mudado la voz!
SAND. Es natural!... ¡Siempre al trote,
siempre al sol, siempre al sereno!...
SOFIA. Vienes curtido, moreno;
y te has dejado un bigote!...
SAND. Bigote de coronel:
torcido, largo y espeso.
SOFIA. Es verdad; mas te confieso
que estabas mejor sin él.
SAND. Sí?...
SOFIA. (Riendo.) Pareces una fiera!
SAND. Tanto? (Con asombro.)
SOFIA. Tu aspecto me asusta!...
SAND. Ah!... muy bien; si no te gusta,
tú le echarás la tijera.
Que lo sienta es de rigor,
porque al fin honra al soldado;
mas si con él no te agrado,
¿qué no haré yo por tu amor?
SOFIA. Ah!... tú siempre humilde y bueno!
SAND. Claro; y si el color te altera,
me daré blanco de cera
para ocultar lo moreno.
SOFIA. Oh!... no lo digo por tanto.
SAND. No? Pues estoy satisfecho.
SOFIA. Mas dime, primo: qué has hecho

de tu voz, que era un encanto?
SAND. Eso no sé, me confundo,
no sé cómo ha cambiado!
de tenor puro he pasado
á ser un bajo profundo.
Cuando mando á mi escuadron
no sé el acento que saco.
SOFIA. Qué horror!
SAND. Culpas del tabaco,
ó culpas quizás del ron!...
SOFIA. Bebes y fumas?... (Vivamente.)
SAND. Cabal!...
SOFIA. Vienes trocado de un modo!...
SAND. ¡Hija, si lo exije todo
el ejercicio marcial!
SOFIA. No cantas ya?
SAND. Como un gallo.
SOFIA. Ni tocas?
SAND. Quiá! Ni un momento!...
¿El piano? ¡Buen instrumento
para llevarlo á caballo!...
SOFIA. Oh Dios!... ¿Qué queda del niño
tras tanta transformacion?
SAND. ¿Qué queda? Mi corazon,
que alienta por tu cariño.
SOFIA. (Dándole la mano con gozo.)
Ah!
SAND. ¿Me encuentras ahora igual?
SOFIA. Oh! sí!
SAND. Me alegro!... Temía...
Yo te amo siempre, Sofía.
SOFIA. Y yo tambien, Sandoval.
SAND. Pues eso me galardona
de todo cuanto he perdido.
(Cambiando de tono.)
¿Sabes que vengo molido?
SOFIA. (Vivamente.) ¿Quieres algo?
SAND. Sí, y perdona.
SOFIA. Pues habla.
SAND. Escucha, mi bien,
escucha mi triste historia:
desde que monté en Vitoria

no me he apeado del tren.

SOFIA. Y qué?... (Alarmada.)

SAND. Soy como el alambre
de duro, pero me hostiga
un no sé qué...

SOFIA. La fatiga?

SAND. Algo más.

SOFIA. (Vivamente, risueña.) Pues habla.

SAND. El hambre.

SOFIA. (Riendo asombrada.) Hambre!

SAND. Me causa rubor
confesarlo! Eso me aflige!
Mi estómago no transige
con la ansiedad del amor.
Es feroz!... No hay quien le dome;
y cuando el hambre le llama,
no me dice «espera y ama,»
sino que me dice «come.»

SOFIA. Justo, primero es comer;
voy á ver... (En ademan de salir.)

SAND. Perdona, prima;
¿qué amante habrá que se exima
de este imperioso deber?

SOFIA. (Riendo con malicia.)
No me causa admiracion
ese axioma tan profundo,
siempre se ha dicho en el mundo:
«tripas llevan corazon.»—
Voy á hacer que con urgencia
te sirvan.

SAND. Gracias, bien mio!...

SOFIA. (Ap., saliendo.)
(¡Qué cambio! ¡viene bravío!...
¡Lo que trasforma la ausencia!)

ESCENA XIII.

SANDOVAL.

Vamos, no ha tomado á mal
de mi estómago el quejido!...

no se ha dado por herido
su genio sentimental.
Ella siempre soñadora.
Ella que de aire vivía,
no extrañarse!... Ave María!...
¿Será que ella coma ahora?
Canario!... Bien puede ser!
Sufre cambios tan extraños
el organismo! Los años
cambian tanto á la mujer!
Ella está hermosa, eso sí,
la misma gracia, igual pinta!...
¿mas por qué la hallo distinta
de cuando me fuí de aquí?

ESCENA XIV.

SANDOVAL, MATILDE, por el fondo.

MAT. (Ap.) (Cielos! ¿qué miro!... ¿No es él?)
(Alto.) Se puede entrar?
SAND. (Volviéndose.) ¡Adelante!
(Ap.) (Fuego de Dios!, qué semblante!)
MAT. Buenas noches, coronel.
SAND. Oh!... felices, señorita!
MAT. ¡Tratamiento de merced!
¿Pues no me conoce usted?
SAND. (Reparando con ruidosa alegría.)
Oh!... voto á bríos!... Matildita!
MAT. Sí; ¿no ve usted cual se goza
de asombro al verle mi pecho?...
SAND. Tú!... Canario, si te has hecho,
niña, una arrogante moza!...
Oh!... déjame contemplar
tus encantos! ¡Si estoy loco!...
MAT. ¿Me tiene usted tan en poco,
que no me quiere abrazar?...
SAND. (La abraza.)
¿Cómo que no?—¡Mala viña
me vienes aquí á ofrecer!
Si te encuentro hecha mujer
cuando te dejé una niña!

MAT. Pues permita que en mi gozo
yo le contemple y me asombre;
se ha hecho usted tambien un hombre!
SAND. De veras?
MAT. Y muy buen mozo.
SAND. Me vas á matar de empacho
si das en ese belen!
Conque estoy bien?
MAT. Sí, muy bien;
qué uniforme!... ¡qué mostacho!...
SAND. Cómo!... ¿lo dices formal?...
te da el bigote alegría?...
MAT. Pues no?
SAND. Chica, si á Sofía
le ha parecido tan mal!
MAT. Muy mal? (Asombrada.)
SAND. Muy mal; feo, atroz,
á muerte le ha condenado!
¿Qué más? ¡hasta le ha sonado
á caña hueca mi voz!...
MAT. ¡Qué capricho más pueril!
SAND. Cómo!... ¿Á tí no te disuena?
MAT. Á mí!... ¡pues si me enajena
ese acento varonil!...
SAND. De veras?
MAT. Sí por mi nombre;
su acento de usted me agrada;
que una voz afeminada
nunca suena á voz de hombre.
SAND Eso es hablar en conciencia!
(Ap.) (Tiene talento esta chica!
¿Cómo demonios se explica
tan notable diferencia?)
MAT. Y acaba usted de llegar?
SAND. No hace mucho.
MAT. (Vivamente.) ¡Traerá frio!
hambre quizás!...
SAND. (Asombrado.) Sí.
MAT. (Con pena.) Dios mio!...
Y qué quiere usted tomar?
SAND. Cualquiera cosa; ¡fiambre!
MAT: (Con enojo infantil.)

Pues qué, ¿está usted en campaña?

SAND. Ah! conque á tí no te extraña
que mi amor venga con hambre?

MAT. Extrañarme? No señor.

SAND. Me asombra á más no poder.

MAT. ¿Pues no se puede tener
á la vez hambre y amor?...

SAND. Ay Matilde, te confieso
que eres un ángel.

MAT. Por qué?

SAND. El por qué... yo me lo sé.

MAT. Por qué me dice usted eso?...

SAND. Te lo digo... porque sí,
no digo una frase vana:
dime: ¿sabes si tu hermana
me quiere como tú á mí?

MAT. Si quiere á usted? (Con extrañeza.)

SAND. (Vivamente.) Por san Blas,
deja ese usted que me hiere.

MAT. Duda usted?

SAND. Dí si me quiere
como tú.

MAT. Bah!... mucho más.
¿Piensa usted que un sólo dia
hemos dejado las dos
de hablar de usted? No por Dios,
usted ofende á Sofía.

SAND. (Con escama.) Sí?

MAT. Duda usted de su amor?
Con sospecharlo me enfada.
Pues qué, ¿no dice á usted nada
cuanto ve en su derredor?

SAND. Las flores? las luces?

MAT. Sí.

SAND. Y el piano?

MAT. Por supuesto.

SAND. Ah, ya!... Conque todo esto
se ha dispuesto para mí?

MAT. Cabal.

SAND. (Asombrado.) No entiendo una jota
de cuanto dices.

MAT. (Con enojo infantil.) Pues vamos,

de ella es todo.

SAND. ¿Qué apostamos
á que soy un idiota?

ESCENA XV.

DICHOS, SOFÍA.

SOFIA. ¡Linda opinion traes de tí
segun tus frases donosas!

SAND. Ah, prima mia! Es que hay cosas
que no me caben aquí.
(Tocándose la frente.)

MAT. (Á Sofía.) Ahora que tú estás con él,
voy á servirle. (En ademan de salir.)

SOFIA. ¿Qué quiere?

MAT. ¿Pues no sabes que se muere
de hambre el pobre coronel?...

SOFIA. (Riendo.) Ah, sí; el gusano roedor
le devora.

SAND. Por supuesto.

SOFIA. Pues bien; todo está dispuesto;
ya te espera el comedor.

MAT. En el comedor?... Dios mio!...
Ah, Sofía... ¿estás en tí?...
yo le haré servir aquí;
¡si se va á morir de frio!...

SAND. Qué génio más previsor!

SOFIA. Bien, á tu antojo me ajusto.

MAT. (Á Sofía.) Voy á servirle con gusto,
porque muere por tu amor.

ESCENA XVI.

SOFÍA, SANDOVAL.

SAND. (Con entusiasmo.)
Es una sílfide.... un hada!

SOFIA. Te gusta?

SAND. Vale un Perú,
y es tan... ¡pues!... no es como tú,

que te sorprendes por nada.
SOFIA. (Picada.) Ah! si es así...
SAND. Capirote,
no lo tomes por querella;
yo lo digo, porque á ella
no le ha extrañado el bigote.
SOFIA. Ya!...
SAND. Ni lo quiere cortar.
SOFIA. Si á mí tampoco me asusta!...
SAND. Ah!... ¿ya no?
SOFIA. No; si te gusta
te lo puedes conservar.
SAND. Cómo te extrañaste...
SOFIA. Es claro!...
sin él te fuiste; has venido
con él, y me has parecido
que estabas con él muy raro.

ESCENA XVII.

DICHOS, ROSA, con una mesita aderezada.

ROSA. La mesa.
SAND. Me alegro á fe,
que harto el apetito grita!
¿No viene la señorita?
ROSA. Se queda haciendo el café.
SAND. El café!... (Á Sofía.) ¿Ves qué primor?...
¿No es justo que yo la alabe?
SOFIA. (Á Rosa.) Yo llamaré cuando acabe
su colacion el señor. (Sale Rosa.)

ESCENA XVIII.

SANDOVAL y SOFÍA. Se sientan y Sandoval trincha.

SOFIA. ¡Parece que mi hermanita
te ha flechado!
SAND. (Comiendo.) Me ha flechado.
Es un modelo, un dechado
de mujer; es muy bonita!...
SOFIA. (Sonriendo.) Á que te saca de quicio

y va á echarme de tú pecho?...
SAND. Quita allá!... Si es que me ha hecho
hace poco un gran servicio.
SOFIA. Cuál?
SAND. Sacarme de una duda
que mataba mi esperanza:
la duda es como una lanza,
una lanza muy aguda.
SOFIA. Duda tú? (Sorprendida.)
SAND. Al entrar aquí
ví contigo á ese abogado,
y ¡claro!... quedé escamado
desde el punto en que lo ví.
SOFIA. Cómo!... (Alterada.)
SAND. Depon tu estupor
y perdóname la duda.
Matilde vino en tu ayuda
y me ha hablado de tu amor.
SOFIA Qué desatinos ensartas? (Ofendida.)
Dudar de mí?
SAND. Sí, Sofía;
de tí dudaba y temía
aun á pesar de tus cartas.
SOFIA. ¿Mis cartas?... Otra tontuna!...
SAND. Sí, traigo en un cofrecito
todas las que me has escrito.
SOFIA. Yo? no te he escrito ninguna!
SAND. Cómo no?... Vamos, no mientas
y perdona la expresion;
pues si traigo en un monton
hacen cerca de seiscientas!
SOFIA. Firmadas por mí?
SAND. Por tí.
SOFIA. Pues si no te he escrito yo,
¿cómo es posible?...
SAND. No?
SOFIA. No.
SAND. Pues yo te digo que sí. (Levantándose.)
Y para evitar querellas
que están ya casi en un tris,
voy al hotel de París
en este instante por ellas.

SOFIA. Serán de otra!
SAND. No á fe.
Tuyas!
SOFIA. (Desesperada.) Mias? juraría!...
SAND. No te incomodes, Sofía;
si vas á verlo!

ESCENA XIX.

DICHOS, MATILDE, con servicio de café.

MAT. El café.
SAND. Canario! ¡viene en buen hora!...
MAT. Se va usted?
SAND. (Dejando el kepis.) Vuelvo al momento.
MAT. Va á enfriarse.
SAND. (Precipitado.) Pues lo siento,
pero no lo tomo ahora.

ESCENA XX.

DICHOS y MATILDE.

MAT. ¡Se va!... Habeis reñido?
SOFIA. No.
MAT. Pues por qué se va?
SOFIA. (Con ira.) ¡Es que sueña!
Qué terco! Pues no se empeña
en que yo le escrito?... ¡Yo!...
Digo!... Y carta por semana
en tanto que he sido esposa
de mi difunto!... ¡No es cosa!
¿No es tacharme de liviana?
MAT. Oh!... cómo puede pensar...
SOFIA. Pues eso me desespera:
no es verdad, mas si lo fuera,
¿no lo debiera callar?...
MAT. Y las cartas va á traer?
SOFIA. Por ellas va desalado. (Suena la campanilla.)
MAT. (Ap.) (¡Qué compromiso!...)
SOFIA. ¡Han llamado!
MAT. Es verdad: ¿quién podrá ser?

ESCENA XXI.

DICHAS, PINEDO, sin sombrero y con gravedad cómica.

SOFIA y MAT. Oh!...
PINEDO. (Á Sofía.) Perdone usted, señora.
Perdone usted, señorita. (Á Matilde.)
No extrañen esta visita
ni me acusen por la hora.
Lamentando mi fortuna,
negra, torcida y tirana,
hace poco en mi ventana
contemplaba yo la luna.
Pensaba en algo cruel
bañando en aire mi frente,
cuando noté de repente
salir de aquí al coronel.
SOFIA. Y qué? (Con ansiedad.)
PINEDO. Al ver su ligereza,
fiero el rostro, despeinado,
pues iba, á lo que he notado,
sin kepis en la cabeza...
MAT. Como usted? (Vivamente.)
PINEDO. (Echándose mano á la cabeza.)
Yo?... Sí, es verdad,
tambien sin sombrero vengo;
pero yo disculpa tengo
gracias á la vecindad.
SOFIA. (Impaciente.)
Bien, pero qué?
PINEDO. Al verlo así,
sospechando algun trabajo,
dije:—¿Qué sucede abajo?
¿qué ocurrirá por allí?
Estará enferma Sofía?
Matilde acaso?—No sé.—
Y añadí:—¿Cómo saldré
de esta ansiedad tan impía?—
Y un tanto cuanto aturdido
me he aventurado á bajar,

tan sólo por preguntar;
vamos á ver, ¿qué ha ocurrido?

SOFIA. Hágame usted la merced
de darme aquí su opinion.

MAT. (Vivamente.) Estás loca? Es ocasion
esta de... (Á Pinedo.) Perdone usted.
El coronel va á venir,
quizá le parezca mal
verle en casa en hora tal,
y se pueda resentir.
(Suena la campanilla.)
Llaman!... ¿ves?

SOFIA. (En ademan de salir.) Tiene razon.

PINEDO. ¿Se trata de una querella?

MAT. Tal vez; vaya usted con ella;
idos á esa habitacion.
(Los impulsa vivamente y ellos entran maquinalmente.)

ESCENA XXII.

MATILDE, y en seguida SANDOVAL, con un cofrecito debajo del brazo y jadeante.

SAND. El cofre! Sándalo puro.

MAT. ¿Qué es ello?

SAND. Nada, hija mia,
un asunto de Sofía
que empezaba á estar oscuro.

MAT. Qué?

SAND. Se empeñaba en negar
con un aplomo inaudito
las cartitas que me ha escrito
ántes aún de enviudar;
cartas que han sido mi aliento,
el pasto de mi ilusion,
y ante tanta obstinacion
fuí por ellas al momento.
Esto la boca le sella:
el paquete entero está.
Ahora al verlo... ¿qué dirá?...

MTA. (Con sencillez.)
Pues dirá que no son de ella!...
SAND. Canario!... ¿cómo que no? (Con calor.)
MAT. Como que no.
SAND. (Irritado.) No? Estoy frito.
Pues si ella no las ha escrito,
quién me las ha escrito?
MAT. (Con rubor.) Yo.
SAND. (Pasmado.) Tú!
MAT. (Con temor.) Perdone si fingí
la letra de mi Sofía:
como ella no le escribía
por deber, yo la suplí.
SAND. En confusiones me pierdo
ante tal explicacion:
pero dime ¿qué razon
á eso te obliga?
MAT. (Afligida.) Un recuerdo.
SAND. Habla.
MAT. Cuando usted se fué,
(Con timidez infantil.)
yo era niña, y escondida
su amorosa despedida
tras una puerta escuché.
Usted dijo al terminar
con acento de insènsato:
«Si no me escribes, me mato,
ó más bien, me haré matar.»
Partió usted: ella lloró
á solas desesperada;
casóse luégo, es honrada,
¿qué hacer?... callar. Pero yo,
que conservé en la memoria
de su ardiente amor el grito,
dije: ¿escribiré?—Y he escrito:
ya conoce usted la historia.
SAND. Cáspita!... Estoy admirado!...
más que admirado, aturdido!...
¿Conque has sido tú, tú has sido
la que mi vida has salvado?...
Porque créelo sin dudar,
á faltarme carta un dia,

me hubiera, Matilde mia,
hecho en el campo matar.

MAT. Ah, sí, lo comprendo, sí;
yo la oferta recordaba;
por eso cuando tardaba
respuesta de usted, aquí,
aquí, en el fondo del pecho
no sé qué dolor sentía,
que á solas me revolvía
inquieta en mi oscuro lecho.
Y es que en mi incierto anhelar
tanto pensaba y pensaba,
que al dormirme, hasta soñaba
que le miraba espirar.

SAND. Pena me causa y placer
todo eso!

MAT. No me riña
por ello!...

SAND. (Entusiasmado.) Yo!... pobre niña!...
(Variando de tono pensativo.)
Y ahora, ¿qué vamos á hacer?

MAT. Si da esas cartas...

SAND. (Vivamente.) La agravio
y te pongo en mal lugar. (Pausa.)

MAT. ¿No pudiéramos contar
este asunto á un hombre sabio?

SAND. Á algun abogado? (Con desden.)

MAT. Sí.

SAND. Y á dónde por él iremos?

MAT. Aquí; si aquí lo tenemos,
está con mi hermana ahí!

SAND. Ah!... ya!... mas no, no es de esencia
su opinion de Belcebú.
(Saca las cartas y se queda con una.)

MAT. Bien, ¿qué hace usted?

SAND. Toma tú,
guarda tu correspondencia.

MAT. Oh, gracias!... Esto mejora
nuestro asunto.
(Tomando el paquete que conserva en la mano.)

SAND. Está acabado:
con decir que me he engañado,

no hay cuestion: llámala ahora.

ESCENA XXIII.

DICHOS, SOFÍA.

SOFIA. No hace falta, estoy aquí,
he conocido tu acento.
SAND. (Á Matilde.) Pues déjanos un momento
(Ap. al salir.) (Y guarda el paquete.)
MAT. (Escondiéndolo vivamente y saliendo.)
Ah! sí.

ESCENA XXIV.

SANDOVAL, SOFÍA.

SOFIA. Y bien?
SAND. Sin duda ninguna,
tienes razon.
SOFIA. (Con aire sumiso.) ¿No has hallado
las cartas?
SAND. Sólo he encontrado
dentro de ese cofre, una.
SOFIA. Una sola?
SAND. Por supuesto,
y ella dice en testimonio
de tu amor, que al matrimonio
lo tienes todo dispuesto.
SOFIA. Sí, ya era libre, y podía
decir eso.
SAND. No se esconde
á mi magin; más responde;
¿cuándo es la boda, Sofía?
SOFIA. Cuándo? (Sorprendida.)
SAND. Sí, por Belcebú,
dímelo sin embarazo...
SOFIA. (Balbuciente.)
Yo!... no... no... fija tú el plazo.
SAND. (Vivamente.) No, yo no; fíjalo tú.

SOFIA. Esto es quererme estrechar
habiendo tiempo sobrado.
SAND. Quiá!... no; llama á tu abogado
que lo quiero consultar.
SOFIA. Mi abogado!... (Contrariada.)
SAND. ¿No está ahí,
segun Matilde me ha dicho?
SOFIA. Si está. Mas ¡vaya un capricho!
¿Qué falta nos hace aquí?
SAND. ¡Me harás dudar de tu amor
con tu resistencia!
SOFIA. (Dirigiéndose á la puerta.) Cedo.
(Ap.) (¿Qué es esto?)–Amigo Pinedo, (Llama.)
hágame usted el favor.

ESCENA XXV.

DICHOS, PINEDO.

PIDEDO. ¿Me llama usted?
SAND. (Satisfecho y riendo.) En buen hora!...
PINEDO. (Ap.) (Malo... su gesto me escama.)
SAND. Soy yo, amigo, quien le llama,
que no llama esta señora.
PINEDO. ¿En qué puedo á usted servir?
SAND. Me han dicho que usted es sabio,
y quiero que aquí su labio
venga un pleito á decidir.
PINEDO. Parte contraria?
SAND. Sofía.
PINEDO. La causa?
SAND. Á decirla voy.
¿Usted sabe ya quien soy
y á qué vengo?
PINEDO. Sí, á fe mia.
SAND. Pues bien, lea ese papel
escrito por la señora.
SOFIA. Dios mio, á qué viene ahora
que el señor se entere de él?
SAND. Como al asunto es profano
que sepa el caso merece;
en esta carta me ofrece

Sofía su blanca mano.
Ahora sin misericordia
se niega á fijarme el punto:
decida usted este asunto
como tercero en discordia.

PINEDO. Se niega á casarse? (*Con alegría.*)

SAND. No:
mas me llama al santo lazo,
y en vez de fijarme un plazo
quiere que lo fije yo.
Esto es justo?... Es natural?...
Esta es toda la querella.
Quién llama al altar? No es ella?
¿Quién debe hablar?

SOFIA. (*Abochornada.*) ¡Sandoval!

SAND. Nada, la cuestion es llana;
dí cuando quieres casarte:
la demanda es de tu parte,
¿quieres mañana?

SOFIA. (*Titubeando.*) Oh! mañana!

PINEDO. Un poco precipitado
me parece el caso!

SAND. ¿Sí?...
Corriente, lo que es por mí,
si no mañana, pasado.

SOFIA. Pasado mañana?... (*Con asombro.*)

SAND. Pues.

SOFIA. (*Ap.*) (Oh! me va á dar un sofoco.)

SAND. Y si te parece poco
señala el plazo de un mes.

SOFIA. Un mes?... (*Con desfallecimiento.*)

SAND. Ó dos, ó algo más...
seis meses!

SOFIA. Cielos!...

SAND. Un año!...

PINEDO. Pues señor, si no me engaño
lo del plazo está de más.

SAND. Por qué?

PINEDO. Á lo que observo yo
esta dama tiene miedo
de enlazarse á usted!...

SOFIA. (*Vivamente y sofocada.*) Pinedo!...

SAND. Sí, lo mismo pienso yo
SOFIA. (*Vacilando.*) Oh Dios! (*Se deja caer en un sofá.*)
PINEDO. Se va á desmayar.
SAND. Los nervios!..
PINEDO. Pues, no es extraño;
(*Yendo á tomar la campanilla y tocando.*)
SAND. (*Deteniéndole.*) No llame usted, yo híce el daño,
yo lo debo reparar.
SOFIA. (*Avergonzada.*) Sandoval!...
SAND. Perdon, Sofía,
por haberte adivinado;
yo te amé, tú me has amado
con la fe del primer dia.
Me viste jóven partir,
¿qué es jóven? ¡Si aún era niño!...
Tú soñando en mi cariño
sin ver en el porvenir,
no presumiste jamás
ver al niño transformado
en un grosero soldado
remedo de Fierabrás.
Tu imaginacion galana
que siempre igual me soñó,
nunca á pensar se paró
que tras hoy llega el mañana;
que el tiempo corre veloz,
que nadie con él se escuda,
y que á su paso se muda
la faz, el cuerpo, la voz.
Y la que no ve que vuela
ni mide lo que es un dia,
esa, como tú, Sofía,
sueña siempre una novela.
Al volver de tu ilusion
un desencanto has tocado:
y gracias que has despertado,
prima, en muy buena ocasion!...
SOFIA. ¿Eso es leccion ó desden?
SAND. Que hable el señor abogado.
(*Ap. á Sofía.*) (Piensas que no he sospechado
que lo quieres mucho y bien?)
SOFIA. Oh! Dios!... (*Cubriéndose el rostro avergonzada.*)

SAND. (Ap.) (Tu mano le cedo.)

ESCENA XXVI.

DICHOS, MATILDE.

MAT. Habeis llamado?
SAND. Sí tal,
Sofía se encuentra mal
por este hombre!
SOFIA. (Levantándose.) Oh!...
MAT. (Con frio asombro.) ¿Pinedo?
SAND. Se obstina en darle la mano
de esposo.
PINEDO. (Asombrado.) Yo!... Yo!... Señor!...
SAND. ¿Pues si usted la tiene amor,
por qué es usted tan tirano?
PINEDO. (Sorprendido.)
Canario!... El bien que consigo!...
MAT. (Con extrañeza.)
¿No se une usted con Sofía?
SAND. Cómo es posible, hija mia,
si estoy casado contigo?...
MAT. Cómo conmigo?
SAND. Igual es.
SOFIA. Oh! si, acepta; ¡es un gran hombre!
SAND. Hija, si aceptas mi nombre,
seré tuyo ántes de un mes.
MAT. Pero...
SOFIA. Sigue mi consejo,
ámalo con el cariño
que sin soñar con el niño
no está ante el hombre perplejo.
MAT. Pero esto, qué me revela?
¿No le amaba á usted Sofía?
SOFIA. Ah! sí, pero... (Avergonzada.)
SAND. (Con intencion.) Me quería,
más con AMOR DE NOVELA.
(Cae el telon.)

FIN.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
Tres visitas oportunas............	1	D. Javier de Búrgos.......	»
Una boda por un duelo...........	1	Pelayo del Castillo......	»
Una noche buena..	1	Javier de Búrgos.......	»
Una visita......................	1	Eduardo de Inza.......	»
Un caso de medicina.............	1	Pedro Escamilla.......	»
Un corto de genio...............	1	Pedro Escamilla........	»
Un leon casero.	1	Eduardo Palacio.......	»
Un gabinete fotográfico..........	1	José Olier.............	»
Un negocio.....................	1	Victor Rodriguez.	»
El alma en un hilo.	2	Ponce y Carranza.......	»
a. El general Bonete ó el cura Santa Cruz—c. o. p................	2	Francisco Macarro......	»
El nido de la cigüeña.............	2	Juan Bergaño..........	»
La hermana de la Cruz Roja.......	2	Sres. Escamilla y Olier.....	»
La serpiente del crímen—d. o. v...	2	D. Juan de Alba...........	»
Una aventura del Czar—c. a. p. ...	2	Sres. Fuentes y Alcon.....	»
a. Un duque sin ducado............	2	D. Pelayo del Castillo.....	»
Agrippina, viuda de Germánico....	3	Luis Bonafox..........	»
a. Aventuras de Bertoldo...........	3	Pedro Escamilla.......	»
Desde el umbral de la muerte—c. o. v.	3	Tomás Rodriguez Rubí...	»
El buen caballero...............	3	Antonio G.ª Gutierrez...	»
El pecado de Cain...............	3	Eduardo Navarro.......	»
a. El rey de Sierra Morena.....	3	Antonio Bermudo García.	»
Judit.........................	3	Luis Bonafox...........	»
La paz del hogar................	3	Leandro Torromé.......	»
Los señoritos...................	3	M. Ramos Carrion......	»
L'Hereu—d. o. v................	3	Sres. Retes y Echevarría....	»
a. La pompa de jabon—c. a. p......	3	D. Joaquin García Parreño..	»
Norma.........................	3	Luis Bonafox..........	»
Pia de Tolomei..	3	Luis Bonafox...........	»
Sembrad y cogereis.......	3	D.ª Dolores Monserdá......	»

ZARZUELAS.

c. El demonio de los Bufos..........	1	D. Cristóbal Oudrid........	Música
El domador de fieras.............	1	SS. Ramos, Campo y Barbieri.	L. y M.
El gato en la ratonera.	1	Granés y Nieto.........	L. y M.
La casa de locos....	1	M. Ramos Carrion......	Libro.
Los rosales de Mañara...........	1	Manuel Cano y Cueto...	Libro.
Una equivocacion de puerta.......	1	Alba y Gisbert...	L. y M.
Un pobre diablo,...............	1	Antonio Corzo y Barrera.	Libro.
El alma en un hilo.............	2	SS. Ponce, Carranza y Breton	L. y M.
Fausto (*parodia*).	2	Pina D. y Hernandez....	L. y M.
La clave......................	2	Ramos y Campo.	Libro.
El testamento azul.	3	Barbieri, Oudrid y Acev..	Música
La Marsellesa..................	3	M. Ramos Carrion......	Libro.
La flor de Besalú—a. p..........	3	Cañete y Casares	L. y M.
c. Los comediantes de antaño—o. v..	3	Pina y Barbieri.........	L. y M.
Una cancion de amor	3	Rafael de Aceves......	Música

ERTENCIA. Han dejado de pertenecer á esta ADMINISTRACION las músicas de *Á hora* y *Los pájaros del amor*; el libro de *Doña Casimira* y *Los dos primos* y el libro ica de *La voz de España* y *Un loco más ó los Bufos franceses en Madrid,* todas zar- en un acto; la música de *El Carnaval de Madrid* y el libro de *El sargento Bailén*, s actos, y el libro y música de *Barba Azul*, en tres actos.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo, de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Administracion Lirico-dramática.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.